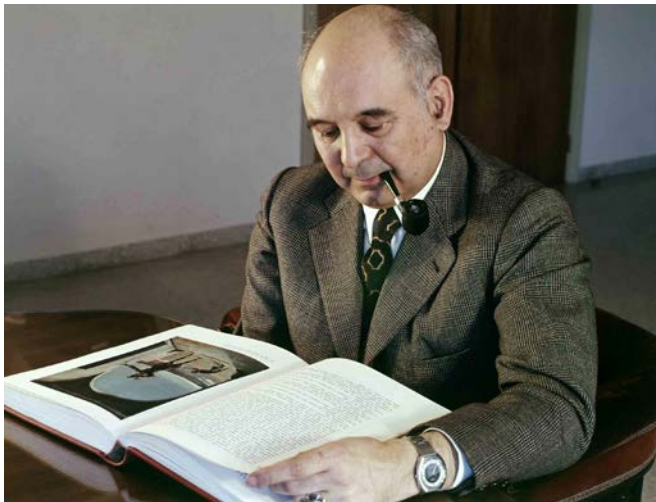


DARÍO VILLANUEVA / MUERTE DE LA LITERATURA, POSLITERATURA, LITERATURA DIGITAL



Martín de Riquer.
© Alberto Esteban

Mucho me interesó en su día, hace ya más de cuarenta años, la advertencia que el maestro Martín de Riquer nos hacía, en varios de sus escritos sobre literatura medieval, acerca de que no nos debía de extrañar la coincidencia entre un cambio de mentalidad y de estilo literarios con una novedad puramente material, como por ejemplo la generalización del papel y, no digamos, la aparición de la imprenta.

En relación con la primera de las innovaciones mencionadas, Riquer nos revelaba cómo la trama rectilínea de los *romans* en verso de Chrétien de Troyes habían cedido el paso medio siglo más tarde al auténtico *roman fleuve* en prosa de la *Vulgata* artúrica, singularizada por una extensión muy superior y un desarrollo diegético en simultaneidad de acuerdo con el procedimiento del *entrelacement*. La razón de tal metamorfosis no era otra que la utilización primero de tablillas de cera para escribir los borradores del relato que luego se pondría en limpio sobre el pergamino, material escaso y caro, antes de que el papel, que llega a Europa desde China en el siglo XI, permitiera disponer de un soporte barato, fabricado por doquier a partir de una materia prima vegetal.

Con anterioridad a mis lecturas de nuestro gran medievalista, en 1962 un profesor de la Universidad de Toronto había publicado *La Galaxia Gutenberg*. Marshall McLuhan sostenía allí que toda tecnología tiende a crear un nuevo contorno para la humanidad. Sus avances representan algo así como verdaderas extensiones de nuestros propios sentidos, lo que trae consigo todo un rosario de consecuencias psíquicas y sociales. La tecnología del alfabeto fonético, que data de 3500 años a. de C., trasladó a las personas desde el mundo mágico del oído y de la tribu, donde la comunicación se basaba exclusivamente en la oralidad, al mundo neutro de lo visual. Precisamente, el descubrimiento de la imprenta y del papel potenciaron extraordinariamente la cultura del alfabeto, al multiplicarse mecánicamente los escritos y posibilitar la difusión ecuménica de libros baratos. McLuhan atribuye a la imprenta no solo el refuerzo del individualismo sino

también la aparición de las nacionalidades modernas, hasta que, a partir del descubrimiento del telégrafo, a mediados del XIX, irrumpa la «constelación de Marconi».

Los «medios eléctricos»

Los que él denominaba «medios eléctricos» —radio, cine, televisión— vinieron a exteriorizar nuestro sistema nervioso central hasta el extremo de que el universo se redujese a una aldea global, resurgiese el tribalismo primitivo y se vislumbrase una pronta desaparición del libro. En alguna declaración periodística, llegó a anunciar cuándo se produciría este óbito: exactamente en 1980. Fue el año en que McLuhan falleció. No fue el primero en equivocarse a este respecto. José Antonio Millán recordaba en el artículo «Leer sin papel» (*El País*, 9/04/2009) cómo ya en 1894, impresionado por la invención del fonógrafo, el erudito Octave Unzane aventuró ante la Royal Society londinense que los cuadernillos de papel impreso, plegado, cosido y encuadernado bajo una cubierta portadora del título de la obra caerían pronto en desuso «como intérpretes de nuestras producciones intelectuales».

Que las nuevas tecnologías introdujeron modificaciones en el universo del libro está fuera de toda duda. Y en dos sentidos: en el libro como objeto y en libro como creación intelectual y estética. Desde aquellos tiempos juveniles ya mencionados me interesa sobremanera el campo abierto y ya consolidado de la llamada ciberliteratura o literatura digital. De ahí el interés con que he asumido junto a Paulo Gatica el encargo de *Ínsula* para coordinar un número bajo el rubro de LITERATURA Y REDES SOCIALES, al que hemos convocado a una docena de escritores e investigadores.

Pero los avances tecnológicos no hacen tabula rasa de todo lo anterior. La gran revolución de lo que Walter Ong (1987) dio en la diana al denominar «tecnologías de la palabra», esto es, el descubrimiento del alfabeto fonético no acabó con la oralidad. Pero tampoco la imprenta de tipos móviles erradicó para siempre el manuscrito; el



cine no guillotiné el teatro; el teléfono no dio al traste con las cartas; la radio, con la prensa escrita; la televisión, con la radio; ni la literatura digital con la que podríamos denominar «literatura analógica»... De esa misma idea participa Agustín Fernández Mallo en su conversación con Antonio Gil incluida en nuestro monográfico: «La cultura son capas superpuestas, que se infiltran las unas en las otras, no un borrado de lo que hubo. Es la idea básica que subyace en el apropiacionismo».

Apocalípticos e integrados

Otra cosa es preocuparnos por algo que muchos ya se han preguntado: ¿hasta qué punto las nuevas tecnologías pueden alterar la relación entre las personas y su entorno natural y cultural, su modo de estar en el mundo y de comunicarse con la realidad? Justamente, este hecho ya lo había denunciado con tintes apocalípticos el propio Platón, que en su diálogo *Fedro o del amor* pone en boca de Sócrates el relatorio de cómo el dios Theuth inventó la escritura. Cuando expuso su descubrimiento al rey Thamus, jactándose de sus beneficios, el imperante se mostró por completo contrario a la innovación, por considerarla sumamente perjudicial para la memoria y, sobre todo, para la verdadera sabiduría, que solo se debería aprender oralmente de los maestros.

En su momento dio mucho que hablar una noticia alentadora de semejantes apocaliptismos: el profesor David Nicholas, jefe del Departamento de Estudios sobre la Información del University College de Londres, después de investigar con un centenar de voluntarios de distintas edades, llegó a la conclusión de que los adolescentes de hoy están perdiendo la capacidad de leer textos largos y de concentrarse en la tarea absorbente de leer un libro. Su conclusión es que para bien o para mal la nueva generación está siendo moldeada por la web.

Cierto es que la irrupción de la nueva tecnología representa la posibilidad de una muda de la condición humana como el propio McLuhan (1969: 224) advertía ya en 1962. Pero —añadía— «promover una lamentación moral acerca de ello es como soltar tacos contra una sierra mecánica porque nos ha cortado los dedos».

A la nueva Galaxia que sucedió a la de Gutenberg es reconocida por los filósofos de la llamada Transmodernidad como la «Galaxia McLuhan» (Villanueva, 2008). El investigador canadiense murió en 1980, y en los 40 años que nos separan de su fallecimiento ocurrieron acontecimientos transcendentales para la historia de la humanidad vista desde la perspectiva que McLuhan hiciera suya. En sus escritos se menciona ya el ordenador como un instrumento más de fijación electrónica de la información, pero lo más interesante para nosotros resulta, sin duda, la impronta profética que en algunos momentos McLuhan manifiesta a este respecto.

Galaxia Internet

El canadiense no llegó a ver, sin embargo, el nacimiento de la Galaxia Internet. Manuel Castells (2001: 31) ratifica cuándo se produjo dicho nacimiento al afirmar que aunque la red estaba ya en la mente de los informáticos desde principios de los sesenta, para la sociedad en general Internet nació en 1995.

Quiere esto decir que cuando cumplimos el primer cuarto de siglo inmersos en la nueva Galaxia todavía no podemos dar por su-

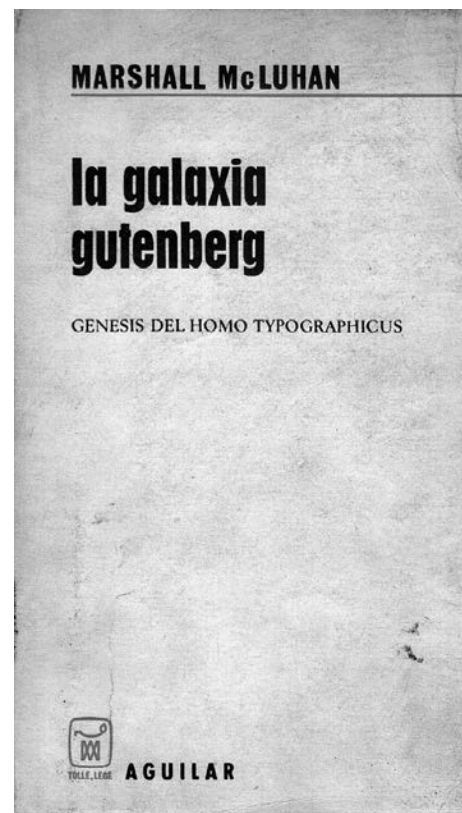
perado lo que bien podríamos llamar el «periodo incunable» de la nueva cultura generada por Internet. Mas basta con el tiempo pasado para preguntarnos si se pueden detectar ya o no sus efectos, más o menos evidentes, en la propia condición humana. Y por ende en la naturaleza y las condiciones de creación y recepción de la propia literatura.

Igual que sucediera con la arribada de la escritura —recordemos la actitud de Sócrates— o con el invento de la imprenta —a la que el propio McLuhan, ciertamente muy de pasada, llega a atribuirle el contagio de la esquizofrenia y la alienación como «consecuencias inevitables» de la alfabetización fonética (McLuhan y Zingrone, 1998: 291)—, es legítimo hacernos la misma pregunta que se hace el apocalíptico Sven Birkerts (1999: 285): «¿por qué tan poca gente se pregunta hasta qué punto no estaremos cambiando nosotros mismos ni si estos cambios son para bien?». Las respuestas que él mismo encuentra son todas ellas negativas y amenazantes. Los medios tecnológicos nos apartan cada vez más de lo natural, nos alienan de nuestro ser fundamental. Una poderosa cortina electrónica se interpone entre cada uno de nosotros, los demás, la naturaleza y, en definitiva, la realidad. El resultado final será, inexorablemente, la más absoluta superficialidad —Marcuse hablaba también de «unidimensionalidad»—. Huyendo de la profundidad inherente al ser humano hasta hoy, estamos acomodándonos «a la seguridad prometida de una vasta conectividad lateral» (Birkerts, 1999: 293).

McLuhan hablaba de los «niños televisivos» como actores de la Galaxia Gutenberg, pero nosotros ya habitamos en la Galaxia Internet y por eso Nicholas Negroponte (1999: 272) emplea por su parte la expresión «niños digitales», antesala de los «nativos digitales» de Marc Prensky que ya están dejando de ser adolescentes.

Porque la secuencia de las mentadas Galaxias no representa compartimentos estancos y tránsitos irreversibles. El propio McLuhan recordaba cómo los sistemas de comunicación eléctrica —pensemos en la radio y la televisión— representaron un claro retorno de la oralidad a la esfera de la comunicación humana y la transmisión cultural. Una regresión semejante está claro que se produce ahora entre la Galaxia Internet y la Galaxia Gutenberg. Umberto Eco (Nunberg, 1998: 305) clausuraba en 1994 un simposio sobre el futuro del libro advirtiendo que «la característica principal de una pantalla de ordenador es que alberga y muestra más letras que imágenes. La nueva generación se acercará al alfabeto más que a las imágenes. Volvemos de nuevo a la Galaxia Gutenberg, y estoy seguro de que si McLuhan hubiera sobrevivido hasta la carrera de Apple hacia el Silicon Valley, se hubiera maravillado ante este acontecimiento portentoso». No es de extrañar, así pues, que Nelson, uno de los *gurús* del hipertexto, llame a los ordenadores «máquinas literarias».

D. VILLANUEVA /
MUERTE DE LA
LITERATURA,
POSLITERATURA...





La muerte de la literatura

D. VILLANUEVA /
MUERTE DE LA
LITERATURA,
POSLITERATURA...

Alguna vez he reparado por escrito en el sesgo un tanto mortuorio que ha venido dominando en el plano filosófico o conceptual desde que en 1883 Nietzsche proclamó la muerte de Dios. Por su parte, Francis Fukuyama auguró a finales del pasado siglo el final de la historia, que llegaría a su culminación gracias a un *statu quo* supuestamente definitivo, basado en la democracia liberal y la economía del mercado. Frente a semejantes magnitudes mortales parece una bagatela la muerte de la novela, que se viene anunciando desde el antecesor final de siglo; la muerte de la tragedia, que dio título a uno de los libros de George Steiner; o la muerte del autor, sentenciada en 1968 por Roland Barthes. Como corolario de tantos decesos y extinciones, el profesor de Princeton Alvin Kernan publicaba en 1990 un libro



ampliamente comentado, *The Death of Literature*, donde justifica cumplidamente cómo y por qué lo que desde el romanticismo se venía conociendo como literatura está perdiendo sentido, y desapareciendo tanto del mundo social como de las conciencias individuales. Para ello han colaborado tanto elementos endógenos como exógenos, pues Kernan, a estos efectos, considera tan deletéreas para la continuidad de la literatura la televisión como la deconstrucción de Derrida y sus seguidores.

Pero en mi criterio, el quid de la cuestión no descansa tanto en cómo las nuevas Galaxias de la tecnología comunicativa van a acabar con el estado de las cosas en nuestro campo de interés, que es el cultural y el literario, sino en qué medida van a alterarlas más profundamente. Yo no creo, por caso, en la tan cacareada muerte del libro, por más que en los próximos lustros la biblioteca digital conviva o incluso llegue a desplazar a la presencial en la preferencia de los usuarios. Y por la misma lógica, frente a la muerte de la literatura me interesan las posibilidades y límites de la *ciberliteratura*, o mejor todavía en qué medida la literatura de siempre está destinada a metamorfosearse por mor de la era digital, hasta convertirse, incluso, en una especie de *posliteratura*.

Poco después de mi lectura reveladora de los estudios de Martín de Riquer a los que he aludido al comienzo de estas páginas, por muy forzada que pueda parecer la conexión puse a su lado en la misma carpeta de mis anotaciones de lectura un libro que igualmente se me reveló como sumamente representativo de lo que nos estaba ya pasando: *Hamlet en la holocubierto. El futuro de la narrativa en el ciberespacio*. La obra procedía de la experiencia de Janet Murray, que entró a trabajar como programadora de sistemas en IBM allá por los años sesenta del pasado siglo en tanto no conseguía una beca para doctorarse en Literatura Inglesa. Alcanzado este objetivo académico, se incorporó finalmente al Laboratorio para la Tec-

nología Avanzada en Humanidades del MIT donde ya profesaba Negroponte.

Además, la brillante joven filóloga por Harvard que era Janet Murray no solo se encontró en el MIT con la vanguardia cibernética, sino con competetísimos *hackers*, auténticos magos del ordenador, que entretenían sus ocios con videojuegos o con juegos de rol que, a través de los entornos informáticos MUDs (*Multi-User-Domains*), permitían a participantes alejados físicamente compartir un espacio virtual en Internet sobre el cual trazar historias en la que todos participaban. Para Janet Murray la forma más habitual de juego es el *agón*, o enfrentamiento entre oponentes, y también es la forma narrativa más temprana.

Ciberbarbardo, ciberdrama, cibertexto

El fundamento lúdico del arte, de la literatura, de la ficción y la «voluntaria suspensión del descreimiento», explícito tanto en Schiller como en Coleridge y atribuido a la condición humana más genuina por Huizinga, avala la apasionada defensa de que estamos asistiendo a la «época incunable de la narrativa digital», cuya estética se fundamenta en los placeres proporcionados por «historias participativas que ofrezcan una inmersión más completa, actuación satisfactoria y una participación más sostenida en un mundo caleidoscópico» (Murray, 1999: 261). Con ello se consolidaría un nuevo género, el *ciberdrama*, que no será la transformación de algo ya existente sino una reinención del propio arte narrativo para el nuevo medio digital.


La pregunta clave es si será posible un ciberdrama que evolucione desde la mera órbita del entretenimiento placentero hasta el universo eminente del arte. Para Murray, solo era cuestión de tiempo. Analiza también el papel del *ciberautor* o *ciberbarbardo*, que no será ya el emisor de un *cibertexto* lineal, susceptible de variaciones hermenéuticas por parte de sus lectores, sino poco más que el creador de unos fundamentos esquemáticos y unas reglas para que, sobre ellas, los usuarios elaboren sus propios desarrollos. La *actuación* primará, pues, sobre la *autoría*, y estas nuevas manifestaciones carecerán de la fijación, estabilidad, perpetuación en el tiempo e intersubjetividad que hoy caracterizan a la literatura propiamente dicha.

También Neil Postman (1993: 118) concordaba en que si la imprenta creó nuevas formas de literatura cuando sustituyó al manuscrito, era posible que la escritura electrónica haga otro tanto. En definitiva, tres son los géneros principales que Murray veía configurarse en el universo de la ciberliteratura. Amén del ya citado ciberdrama, estaría la narrativa hipertextual, compuesta por un rosario de relatos conectados entre sí mediante enlaces que pueden incluir, incluso, elementos multimedia como el sonido, la imagen fija o la cinemática, e igualmente contamos ya con una fecunda línea de ciberpoesía, poesía electrónica o poesía digital que, con frecuencia, tal y como ocurría ya con los caligramas o *carmina figurata*, se adentran en el terreno del diseño gráfico o el arte visual.

La cosecha española de la ciberpoesía resulta, por ejemplo, sumamente interesante y prometedora. A través de Instagram, Twitter, Facebook o YouTube contamos con un nutrido repertorio de poetas (algunos también cantautores: Diego Ojeda, Rafael Lechowski, Marwan o el rapero Rayden) «digitales», «tuitpoetas» o «instapoetas», si se nos admiten tales expresiones, pertenecientes (¡siempre la obsesión taxonómica de los historiadores y críticos literarios!) a una hipotética *Generación Millennial*: Bebi Fernández, César Ortiz Albaladejo,



D. VILLANUEVA /
MUERTE DE LA
LITERATURA,
PSOLITERATURA...

 De izquierda a
derecha: Umberto Eco,
Francis Fukuyama,
George Steiner y Roland
Barthes.

Irene X, Elvira Sastre, Loreto Sesma, Defreds, Sara Búho o *performers* practicantes de la poesía *slam* como Alejandra Martínez de Miguel o Pablo Cortina. María Teresa Vilariño nos ofrece un cumplido elenco de poetas «de los circuitos de la performance, el *spoken Word* y los recitales poéticos que han hecho breves incursiones en el terreno de la poesía electrónica» así como de «programadoras que también son poetas con código», y en su aportación colectiva, Adrián Menéndez, Pilar García-Carcedo y Amelia Sanz reparan en otras formas novedosas como los *memes literarios*, «que aplican una lógica de reciclaje memético a la recontextualización o descontextualización de obras literarias» del pasado. Muy cerca de semejantes prácticas se encuentran las ya muy diversas que vienen realizando los *prosumidores* de la red, es decir, los que en ella actúan a la vez como *consumidores* y *productores* de expresiones literarias digitales: citas, cócteles de aforismos y micro o videorreseñas como las que Javier Helgueta Manso menciona a propósito de los llamados *booktubers*. Igualmente, Teresa Gómez Trueba nos descubre los entresijos de la «espectacularización del acto creativo» y del objeto resultante de él —el libro— mediante el fenómeno conocido como *bookporn*.

Hoy hablamos también en este contexto de *nanopoesía*, de *tuitliteratura*, de *dramaturgias transmedia* sobre las que nos ilustra María Ángeles Grande Rosales, de *novela whassap*, *blogonovela*, *novela medial* o *microrrelato hipermedial* del que trata Ana Calvo Revilla, y llegamos, muy lejos ya la unidireccionalidad de web 1.0, a vislumbrar la superación de web 2.0 como espacio para la creación y la difusión literaria en la dirección de la web 3.0. En ella serán fundamentales los desarrollos de la inteligencia artificial, que «comunidades de desarrolladores y artistas» están dispuestos a aplicar a «la construcción de metaversos» según el autorizado criterio del escritor (y científico) Germán Sierra.

Literatura y sociedad digital

No faltan tampoco entre nosotros interesantes ensayos sobre este nuevo campo ciberliterario, tras la publicación en 1996 de una obra pionera, *Socied@d digit@l. Del homo sapiens al homo digitalis* de José B. Terceiro. Enseguida José Antonio Millán incidió sobre el ámbito educativo con *De redes y saberes. Cultura y educación en las nuevas tecnologías*. Y tampoco tardaron en hacer sus aportaciones tres colaboradores de este monográfico de *Ínsula* mediante sendas compilaciones como las de Domingo Sánchez Mesa (2004) y la preparada al alimón por María Teresa Vilariño y Anxo Abuín (2006). Este último publicaría además *Escenarios del caos. Entre la hipertextualidad y la performance en la era electrónica*. Y valga como ejemplo de esta proliferación

en lo que a todas las implicaciones de la ciberliteratura se refiere que, por caso, en un solo año (2012), Daniel Cassany publicase *En línea. Leer y escribir en la red*; José Manuel Lucía Megías *Elogio del texto digital*; y Vicente Luis Mora *El lectoespectador*, obra que tuvo su continuidad en *La escritura a la intemperie* (2021), que María Isabel Morales Sánchez aprovecha en nuestro monográfico para abordar, en clave de la teoría feminista, la visibilidad e inclusión como estrategias de lectoescritura en la literatura actual.

Umberto Eco, con su inimitable ironía, gustaba mencionar, así, que el ordenador como terminal digital de la red de redes venía a representar el monumento a un nuevo sincretismo, pues su aspecto es el del gran enemigo de la cultura escrita —el televisor—, pero en su pantalla lo que cada vez se confirma más y más es la presencia de las letras y los números. Cabe pensar, por lo tanto, que si a lo largo de todo este recorrido milenar se han consagrado compatibilidades antes que exclusiones, que si la escritura no arrumbó con la oralidad, ni la imprenta con el manuscrito, el ciberespacio será capaz de integrar todos los procedimientos y recursos que los seres humanos han ido desarrollando a lo largo del tiempo para comunicarse intersubjetivamente y para transmitir, en condiciones de fiabilidad y operatividad, el acervo de su conocimiento y de su productividad cultural, dimensión en la que lo que denominamos literatura sigue representando un tronco indeclinable. Pero, aunque no se escribiera —hipótesis absurda donde las haya— ni una sola novela, poema, drama, comedia o ensayo más a partir de hoy, la humanidad contaría con sobrada literatura gracias al acervo inconmensurable de piezas literarias producidas hasta el presente.

Proliferación y posliteratura

Pero ajeno como soy en este terreno a todo catastrofismo, no dejaré sin embargo de reconocer la existencia de ciertas *amenazas*. Lo es el abigarramiento de lo que el poeta, ingeniero y ensayista mexicano Gabriel Zaid llama «los demasiados libros», causantes de que, al publicarse uno cada medio minuto, las personas cultas lejos de ser cada vez más cultas lo seamos menos por haber mayor diferencia entre lo que leemos y lo que podríamos leer. Según él, «el problema del libro no está en los millones de pobres que apenas saben leer y escribir, sino en los millones de universitarios que no quieren leer, sino escribir» y propone que el *welfare state*, el Estado de bienestar debería instituir un servicio de geishas literarias encargadas de leer, elogiar y consolar a esa legión de escritores frustrados por falta de público.

Estas ideas de Zaid coinciden con una de las características de Tecnópolis según Neil Postman (1993: 69-70): en este ambiente se



D. VILLANUEVA /
MUERTE DE LA
LITERATURA,
POSLITERATURA...

corta el vínculo entre información y necesidades humanas; la información aparece indiscriminadamente dirigida a nadie en particular, en un volumen enorme, a velocidades muy altas y sin relación con ninguna teoría, sentido o necesidad.

Estamos ahítos, inundados de información. Tanto es así que una manera de definir Tecnópolis es lo que le sucede a una sociedad cuando se han venido abajo sus defensas contra el exceso de información. Tradicionalmente los tribunales, la escuela y la familia eran instituciones para el control de la información. Y por lo que respecta a la literatura, el canon tan denostado de un tiempo a esta parte era, con el soporte fundamentalmente académico, un eficaz medio de poner orden y concierto en la selva de la proliferación literaria.

Julien Gracq, en su panfleto *La littérature à l'estomac* advertía ya en 1950 de algo que no ha hecho sino incrementarse en los últimos sesenta años: lo que califica de «el drama del libro anual» para no prescribir, pues «al escritor francés le parece que él existe no tanto porque lo lean cuanto porque “hablen de él”». Si sumamos los resultados de la actividad *pre, sub, para o pos*-literaria de escribidores como los que Julien Gracq desenmascara y la que también pueden ejercer aquellos otros que, como denunciaba esta vez Zaid, escriben sin haber leído nunca, nos sobreviene la avalancha de una que, remediando la famosa expresión de Vattimo referida al pensamiento, bien podríamos denominar *litteratura debole*. Es lo que yo prefiero calificar de *posliteratura*. Muchos prolijos *best sellers* como los de Stieg Larsson se caracterizan por una paradójica desliteraturización de la literatura. Por su no-estilo, como si una prosa con autoconciencia de sus virtualidades poéticas pudiese convertirse en la gran enemiga de lo que se pretende contar.

En todos los argumentos que he desgranado acerca de las Galaxias de la Comunicación, la esencia y la fenomenología de la literatura y su canon, sedimentación de lecturas y lecturas a lo largo de los siglos, nunca deja de resultar en mi criterio un asunto central la dimensión del Tiempo. El Tiempo como decantación y perdurabilidad, y por lo tanto agente configurador del canon. El tiempo que tiene que ver tanto con el soporte como con la forma de los mensajes literarios. La oralidad significaba fluencia, flexibilidad y apertura. Fiaba la pervivencia del discurso a la memoria del aedo o del histrión y de sus públicos, generación tras generación. La escritura incrementó la estabilidad de la forma textual y, por ende, su perdurabilidad, lo que pudo redundar en cierto acartonamiento y la posibilidad de la errata o del *misreading*. Gutenberg significó la proyección ecuménica y la democratización de la es-

critura y la lectura, así como abrió la caja de Pandora de la mediación económica e industrial del texto literario. Y de nuevo ahora, entre la Galaxia McLuhan y la Galaxia Internet, resurge la flexibilidad, la labilidad, la apertura hipertextual o, incluso, la interactividad que pone en solfa el concepto tradicional de autoría. En esto último, así como también en la proliferación de los demasiados libros y en la dimensión temporal precaria de lo efímero —la literatura de usar y tirar— podrían acaso encontrarse otros tantos argumentos para aquella muerte de la literatura que proclamaba Alvin Kernan, a lo que en este monográfico de *Ínsula* Virgilio Tortosa añade riesgos específicos del entorno digital como la posibilidad de una «literatura expansiva» en la línea de la hipertextualidad y la transmedialidad, y de su contraria, la «literatura contraída o *jíbara*». Domingo Sánchez Mesa, por su parte, sostiene que «las dinámicas de canonización en la literatura digital son consustanciales a su sostenibilidad material y deben orientarse a asegurar una relación profunda con el pasado», para lo que resulta fundamental, fenomenológicamente hablando, contar no solo con soportes estables sino también con repositorios consistentes, que no desaparezcan como el del grupo *Hermeneia* que ha dejado al portal *Ciberia* en solitario como archivo de la literatura digital en español.

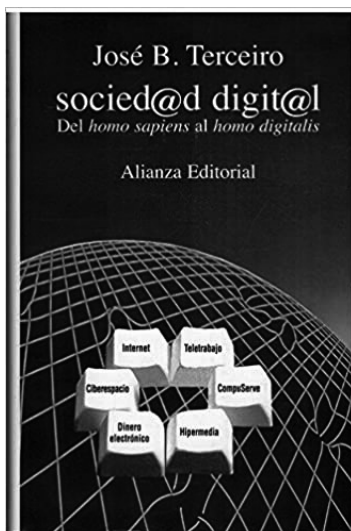
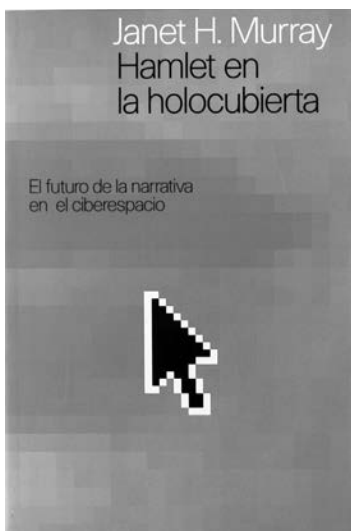
Lo que está en juego, a la vista de todas estas circunstancias, es algo fundamental: la pervivencia de la literatura como lenguaje más allá de las restricciones del espacio y el calendario; como la *palabra esencial en el tiempo* que conjuraba el poeta Antonio Machado. Esta dimensión de perpetuidad era inherente a lo literario porque conforma la propia textura del discurso, su *literariedad*, al programarlo, condensarlo y tratarlo como un mensaje intangible, enunciado fuera de situación, pero abierto a que cualquier lector en cualquier época proyecte sobre el texto la suya propia, y lo asuma como revelación de su propio yo.

En vez de palabra esencial en el tiempo, ahora ¿palabra banal al momento?

D. V.—REAL ACADEMIA ESPAÑOLA / UNIVERSIDADE
DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Bibliografía

- ABUÍN GONZÁLEZ, A. (2006). *Escenarios del caos. Entre la hipertextualidad y la performance en la era electrónica*, Valencia, Tirant lo Blanch.
- BIRKERTS, S. (1999). *Elegía a Gutenberg. El futuro de la lectura en la era electrónica*, Madrid, Alianza Editorial.
- CASSANY, D. (2012). *En línea. Leer y escribir en la red*, Barcelona, Anagrama.
- CASTELLS, M. (2001). *La Galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*, Barcelona, Plaza & Janés.
- KERNAN, A. (1990). *The Death of Literature*, New-Haven/Londres, Yale University Press.
- LUCÍA MEGÍAS, J. M. (2012). *Elogio del texto digital*, Madrid, Fórcola.
- MCLUHAN, M. (1969). *La galaxia Gutenberg. Génesis del Homo Typographicus*, Madrid, Aguilar.
- MCLUHAN, E., y ZINGRONE, F. [comp.] (1998). *McLuhán. Escritos esenciales*, Barcelona, Paidós.
- MILLÁN, J. A. (1998). *De redes y saberes. Cultura y educación en las nuevas tecnologías*, Madrid, Santillana.
- MORA, V. L. (2012). *El lectoespectador*, Barcelona, Seix-Barral.



— (2021). *La escritura a la intemperie. Metamorfosis de la experiencia literaria y la lectura en la cultura digital*, León, Universidad de León.

MURRAY, J. (1999). *Hamlet en la holocubierto. El futuro de la narrativa en el ciberespacio*, Barcelona, Paidós.

NEGROPONTE, N. (1999). *El mundo digital. Un futuro que ya ha llegado*, Barcelona, Ediciones B. S. A.

NUNBERG, G. [comp.] (1998). *El futuro del libro. ¿Esto matará eso?*, Barcelona, Paidós.

ONG, W. J. (1987). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, FCE.

POSTMAN, N. (1993). *Technopoly. The Surrender of Culture to Technology*, New York, Vintage Books.

SÁNCHEZ-MESA, D. [comp.] (2004). *Literatura y cibercultura*, Madrid, Arco Libros.

TERCEIRO, J. B. (1996). *Socied@d digit@l. Del homo sapiens al homo digitalis*, Madrid, Alianza Editorial.

VILARIÑO PICOS, M.ª T., y ABUÍN GONZÁLEZ, A. [comp.] (2006). *Teoría del hipertexto. La literatura en la era electrónica*, Madrid, Arco Libros.

VILLANUEVA, D. (2008). *Después de la Galaxia Gutenberg y de la Galaxia McLuhan / After the Gutenberg Galaxy and the McLuhan Galaxy*, Philadelphia, Society of Spanish and Spanish-American Studies.

ZAID, G. (1996). *Los demasiados libros*, Barcelona, Anagrama.

D. VILLANUEVA /
MUERTE DE LA
LITERATURA,
POSLITERATURA...

VIRGILIO TORTOSA / LO QUE SEGUIMOS LLAMANDO LITERATURA

¿Muerte de la literatura?

Un terremoto lleva sacudiendo en el principio de siglo eso que seguimos llamando literatura. El tiempo «post» parece haberla alcanzado también, después de merodear por la filosofía y el arte (posmodernidad), la teoría (post-teoría) o el concepto mismo de «verdad» tan trajinado en estos momentos. El consenso con el que a lo largo del tiempo, en el mundo antiguo y medieval, parece que concitó la denominación conjunta de escritos de ficción con cierto grado mimético y sometidos a una vocación verosímil tal cual la denominara Aristóteles en su fundacional *Poética* («poesía») se rompe en plena modernidad con términos empáticos como «elocuencia», funcionando en confusión intencionada con la propia «retórica» (en tanto expresión artificial), la eufemística y sofisticada alusión gala de «belles lettres» (*bellas letras*, esto es, escritura refinada), la amplísima y didáctica —inicialmente inglesa (Francis Bacon)— *buenas letras* (sinónimo de excelencia y erudición) para acabar imponiéndose el término latino derivado de «littera» (esto es: letra, signo alfabético) con el que designar a la instrucción o saber en torno al arte de escribir y leer (muy emparentado por cierto con el creciente carteo epistolar, con el que comparte raíz) y sinónimo en la tradición de esfuerzo y laboriosidad en el estudio y en la erudición, a prueba de quienes ganan mérito e incluso fama por sus obras como lo contempla el propio Lope de Vega; *ingenio de letras humanas* es como lo entiende Cervantes en



su *Quijote*, para más tarde la época ilustrada asimilarla a escritura creativa con intención estética (opuesta a científica). Una realidad en todo caso *fluctuante* y presente en la conciencia de sus moradores pero materializada institucionalmente en el decurso temporal como afirma Alvin Kernan (1990: 187), luego de haber sido tratada como categoría innata, o *a priori* connatural al término belleza, sinónima de facultad de la imaginación creadora del individuo, con su vínculo mecánico con el mundo, y derivada del corpus de obras fundamentales de una tradición.



Literatura expansiva

Más allá del formato libresco tradicional conformado por manchas de tinta heredadas de los viejos refectorios medievales pero sofisticada con la imprenta Gutenberg, podemos hallar dos caminos diferenciados de producción y asunción en pantalla virtual, soporte Internet o incluso espectáculo, además de uno mixto a tenor de su nacimiento en lo digital pero con capacidad de adaptarse al formato libro tradicional. El primero se refiere a la denominada literatura expansiva o hipertextual; el segundo, a la contraída, también llamada *jibara*; el tercero, a redes sociales de masas actuales donde arraiga. Ello es resultado obvio de la convergencia de nuevas tecnologías aplicadas a las artes que vienen produciéndose desde el final mismo del siglo XX y que han provocado la conforma-

Electronic
Literatura Collection

